

SAN ANDRES 80



NUMERO PATROCINADO POR LA
**CAJA DE AHORROS
MUNICIPAL DE
SAN SEBASTIAN**



REVISTA POPULAR

II EPOCA

NOVIEMBRE 1980

NUM 226

Precio: 25 Pts.

UN VIEJO FESTIVAL TAURINO

No sé hasta qué punto habrán podido profundizar los historiadores en los anales de la tauromaquia para fijar el arranque de esta afición festiva de tanta raigambre en nuestros pueblos. Sin embargo, Eibar y Placentina tienen otro aspecto más en común con este asunto; nada menos que una noticia que se remonta a mediados del siglo XII: la celebración de un festival con dos toros que fueron lidiados y muertos en honor del monarca navarro reinante, con motivo de una visita realizada a sus territorios guipuzcoanos mientras practicaba el deporte favorito de los monarcas y señores feudales de aquella época: la caza.

Pero ¿qué tienen que ver estos dos pueblos en particular con esa noticia?, se preguntará el lector. Pues, sencillamente, que tal festejo se desarrolló nada menos que en el alto de Irure, en la misma línea divisoria que habrían de tener después ambos municipios cuando se convirtieron en villas el siglo XIV.

En efecto, viene a resultar que uno de los más antiguos antecedentes de la llamada ahora fiesta nacional, presidida por la autoridad, en este caso por el rey Sancho VI el Sabio de Navarra (1150-1186), que también era el nuestro, es este que tuvo lugar en Irure, por muy extraño que parezca.

La sorprendente mención está recogida en una declaración testifical extensísima efectuada allá por el año 1339 a instancia del procurador Juan de Orbe ante Pedro Ruiz de Aguirre, alcalde de Borauze, en la que también interviene Juan Sánchez de Garay, alcalde de la merindad de Durango y un buen número de testigos. Las declaraciones forman parte, a su vez, del expediente completo del litigio que sostuvo Juan López de Unzueta con la villa de Eibar en el siglo XVI. Y es tan curioso e interesante el documento, que nos hallamos estudiándolo en equipo para extraer de él nada menos que las primeras noticias escritas que pueden hallarse sobre los dos pueblos, que salen así de su prehistoria, en la que siempre manda la tradición y la leyenda, para adentrarse en la historia, que es la que se apoya en testimonios escritos. Por lo tanto, no deja de ser importante el hallazgo por muchos motivos que pudieran invocarse.

Extractando detalles circunstanciales al suceso, he de decir que Don Celinos "el viejo", primo del monarca de Vasconia, por ciertas divergencias habidas entre ambos, dejó las tierras navarras y se adentró en las de Guipúzcoa con su familia y su séquito de sirvientes, ayudantes y un considerable "subusto" (rebaño o conjunto de cabezas de ganado). Su principal ocupación era la cría de ganado vacuno y la práctica de la caza.

Y al llegar hasta la atalaya de Irure, encima de "Maldazaga" (Málsaga), algún motivo especial le indujo a quedarse y establecerse en estas tierras, donde comienza la edificación de algunas casas para poblar la comarca. La trashumancia de Don Celinos quedó atrás porque se afincó definitivamente en ellas.



Escudo de Irure

Al tiempo, en una gira que verificó el rey por sus dominios guipuzcoanos, mientras practicaba sus inclinaciones cinegéticas con un gran séquito compuesto por nobles, vasallos, halconeros, pajes y numerosa jauría canina, aprovechó la oportunidad para visitar a su primo Don Celinos, que, olvidadas o superadas las diferencias que motivaron la momentánea enemistad, recibió con grandes agasajos a la regia comitiva que llegaba con tanto aparato y ostentación. Y es entonces cuando se produce ese festejo taurino, primer vestigio y real antecedente toreril, cuya afición parece haber sido heredada por eibarreses y placentinos de todo tiempo. ¿Qué representan, si no, los festivales que se celebraban por estos contornos en los siglos XVII y XVIII —como el que, por ejemplo, aparece dibujado en el grabado de Lamot—, el "sakamutarra", el "lriyarena", las estrofas del "sekula ere..." y hasta la misma Peña Taurina Eibarresa?

Don Celinos se deshizo en atenciones con el séquito real y ordenó que se preparase un "guisajado" (¿sería algo entre guisado y asado?) en atención de los visitantes y tras terminar el "yantar" con frutos propios de la tierra es cuando tuvo lugar la fiesta taurina, presidida por el rey.

Una vez "despachados" los toros —no se dice cómo— su carne fue distribuida para alimentar a las distintas especies perrunas

que traía el soberano navarro, pero con tan adverso resultado que murieron bastantes de ellos, al parecer, por exceso de comida, por tragones. Se disgustó el rey por lo sucedido, pero Don Celinos repuso las pérdidas a costa de las suyas para que no se viese mermada de medios la regia comitiva en sus artes de montería y cetrería. Nuevamente se hicieron las paces. Añadiré, como dato curioso, que el propio escudo de armas de los Irure recogería mucho tiempo después la esencia de esta leyenda, porque en su bordura están los petros y toros alternándose, mientras que el vínculo con Navarra está representado en el escudete que pendiente de un árbol ostenta las cadenas que adoptó en el suyo el viejo reino vascón, a raíz del hecho que protagonizó en la batalla de las Navas de Tolosa, contra los moros, en ese lugar de Sierra Morena de Córdoba, Sancho VII el Fuerte, precisamente el hijo del monarca navarro del que se ha hablado en este relato.

Don Celinos "el viejo", el que emigró desde Navarra, tenía dos hijos: El mayor, de igual nombre que su padre, fue el que se llamó Don Celinos de Unzueta, que pasó a ocupar la casa eibarresa en plena propiedad, que había sido construida por orden del rey navarro para residir en ella durante sus giras cinegéticas, otorgándosele por haberle servido durante algún tiempo en su Corte. De este Don Celinos, hijo, nació el noble linaje de los Unzueta, que, como se ha visto, gozaba de sus prerrogativas de tipo feudalista hasta bien avanzado el siglo XVI. El otro hijo fue Don Sancho de Irure, que tuvo en su mansión a su padre Don Celinos "el viejo" hasta que, deseando morar en un lugar más abrigado, para soportar mejor los achaques de su vejez, bajó a Unzueta, "la casa fuerte de Axitain", donde terminó sus días.

Esta es la pequeña historia de un lejano festival taurino, celebrado entre esa bruma histórica rayana entre la historia y la leyenda, pero que afecta por igual a eibarreses y placentinos.

Más de ochocientos años han transcurrido desde entonces. Los tres angostos valles que se tocan en Málsaga y se divisan desde Irure, como punto estratégico, estarían cubiertos de frondosa vegetación que albergaría una rica fauna y sería delicia de los monteros. No puede ver Don Celinos "el viejo" la fisonomía que ahora ofrecen sus tierras. Si pudiera hacerlo —es una conjetura— quizá lo único que aplaudiría es que haya persistido la afición taurina, de la que podría nombrarse patriarca con todos los merecimientos.

RAMIRO LARRAÑAGA